

In >pintura< veritas

Una obra de arte no alberga lección alguna. Los cuadros que pueden interpretarse y que tienen un sentido, son cuadros malos. Un cuadro se presenta a sí mismo como lo confuso, lo ilógico, el sinsentido. Un cuadro manifiesta la dimensión incalculable de los aspectos, merma nuestra seguridad porque nos quita el significado y el nombre de las cosas. Nos muestra algo con sus varios significados y su infinitud, sin dejar espacio alguno para una opinión o un parecer.

Gerhard Richter, 1964/65

Color favorito: multicolor. El encuentro con los cuadros de Yago Hortal puede compararse con una colisión sin protección – durante un instante, los pensamientos se congelan, como en estado de shock, nuestra cabeza se queda muda hasta que los fragmentos de palabras van encajando poco a poco. Es en esta fase cuando los diferentes blogueros, que van dejando sus impresiones en una ya de por sí acuciosa red de internet, sólo pueden opinar con una cascada de efusivos “wows”, sin poder ir más allá. Mientras que los pensamientos siguen ordenándose, el cerebro reproduce una imagen chillona y caótica, un colorido estridente que rechaza cualquier tipo de descripción. Y entonces ocurre: un sistema se muestra a sí mismo, aunque sigue sin definirse todavía. Es como si nuestra sinapsis, acostumbrada a una sonorización continua y a una sobrestimulación visual, pasara al patrón de funcionamiento en modo normal o diario, o como si la obra del artista se diera por satisfecha al expresarse de forma onomatopéyica a través de estructuras de color comprensibles y formatos perceptibles. Un salto al vacío, o mejor dicho, un “bungee jumping” de los sentidos, donde el impacto queda marcado como una irritación en el cerebelo, hasta que finalmente la sensación de un entusiasmo pleno le gana la partida. Este es un fenómeno que también aparece cuando observamos los cuadros de Hortal: aún sin entender qué es lo que hay que ver en sus pinturas, hay un algo de fascinante, con un efecto inmediato, que primero nos zarandea, hasta poder llegar, con un balanceo rítmico, a sumergirse danzando en un espacio de color que se abre ante nuestros ojos de una manera tan abstracta y apetecible como el vaivén al ritmo de una embriaguez deliciosa. En la medida en que una persona se entrega al impulso gestual que parece propulsar el flujo de colores en la obra, consigue también evadirse en esa misma medida de la claridad, que a su vez le aporta al supuesto estrépito del colorido una indescriptible precisión. Dicha precisión coarta el intelecto mismo y sus reflejos. En una lucha continua entre el movimiento físico y el ensimismamiento lacónico y a la vez retardado, el pintor nos muestra el área de conflicto tan dispar de su percepción del presente, y es ahí donde empezamos a intuir la gran cantidad de sentido de la vida que encierran estos cuadros, que nos atrapan por un buen motivo: porque en su interior también nos reconocemos a nosotros mismos y a nuestro presente – el hecho de que la percepción final del observador no sea la que el autor pretendía expresar con su obra no juega absolutamente ningún papel. Es impresionante la vehemencia dinámica y a pesar de todo controlada con la que Yago Hortal consigue inventar el espacio dentro de la superficie del cuadro. Cuando con un trazo ancho forma una “Z” inversa e inclinada sobre las hebras de los tonos de violeta rojizo, de azul y de verde, esparcidos sobre la superficie total de un

cuadro de gran formato, el resultado final resulta ser tan solo un acorde de ritmo órfico equivalente a una señal. El trazado de los colores se diferencia totalmente en el espacio especialmente en los puntos donde cambia el sentido, donde la dirección de recorrido varía dando lugar a verdaderas olas que desembocan en gotas que recuerdan una cresta de espuma, que de nuevo define el fondo como una figura casi espacial del cuadro, un fondo que aparece a veces de forma monocroma, a veces multicolor. Nuestros hábitos de percepción nos conducen de manera involuntaria a reconocer cosas – de hecho, en algunos de los cuadros la pretensión de nuestros ojos es precisamente la de redondear las gotas, en otros la costumbre de asociar evoca formas y paisajes, fenómenos esféricos o cosas parecidas; otras obras parecen estar pintadas desde la perspectiva de un astronauta, por ejemplo cuando por debajo de un remolino de colores sin forma surge algo que se asemeja a un lago, oscuro y profundo, que sale de las grietas de una la masa continental, como una vista desde un satélite en su órbita. Por supuesto que Hortal no ha ideado todo lo descrito anteriormente de forma intencionada, sin embargo considera que los pensamientos son lo suficientemente libres como para consentirlo. En sus obras en formato pequeño se puede comprobar esa visión cosificada de manera aún más clara que en los formatos medio y grande: un amarillo encendido con bordes de un rojo abrasador y partículas desprendidas de pigmento oscuro evidencian una corriente líquida de metal fundido o lava; como contraste extremo se nos muestra un motivo de una cascada con un azul tan frío que parece congelarse, donde un velo de colores desciende como un mar bramando, para juntarse en una montaña de olas ligeras que culminan en las ya mencionadas gotas cristalinas y flotantes. Mientras que los kilos de color descienden dejando a su paso ligeras prominencias, Hortal se aventura en los formatos pequeños de su etapa más temprana con formaciones en relieve que le dan una característica táctil y espacial a su tan utilizado entrelazamiento de colores. Yago Hortal hace que sus abstracciones sean comprensibles, pero las resguarda de su visión y percepción, donde no queda espacio para un mundo entendido como un conjunto de cosas materiales. Recientemente, se ha enfrentado al horror vacui y a su potencial significado con notas de color delicadas, poéticas, sobre un fondo en blanco que quiere llegar a ser color, hoy azul, mañana rojo: una aventura con una contemplación totalmente libre, un juego de los sentidos, una delicia para los ojos.

Sometimes I talk to my pictures. “Con seis años quería ser cocinero, con siete Napoleón – y desde entonces quise ser Dalí”, así (como en muchas otras variantes) resumía el famoso pintor su excéntrica vida. Su paisano Yago Hortal, nacido en Barcelona en 1983, tenía seis años cuando murió este surrealista por excelencia. Puede ser que en ese momento quisiera ser como Dalí, después de todo Picasso y Miró, dos de los artistas más importantes del siglo XX, volvieron a vivir sobre todo en el espíritu de los españoles que, después de la época de represión franquista, estaban ansiosos de redescubrir sus raíces creativas. En cualquier caso, el joven estrella Hortal no resulta para nada tan bravío ni mucho menos presenta aires napoleónicos. Sin embargo, es interesante comprobar que la profesión de cocinero se le acerca mucho: el sentido para la preparación, una sensibilidad para el tiempo, la capacidad para la creación con colores, para una presentación estimulante son sólo los paralelismos más evidentes – hasta llegar al punto en el que se plantea una cuestión de gusto que se zanja con la afirmación de “para gustos, colores”, donde se encuentra por un lado la opinión del cocinero o pintor y por el otro la del gourmet u observador.

En los ojos del vesánico Dalí esto podría ser un paso hacia atrás, pero desde la perspectiva actual Yago Hortal toca claramente un nervio que está paulatinamente haciendo brecha en el mundo del arte (el culto a los cocineros estrella es algo que está presente ya desde hace tiempo). Mientras que los unos todavía se fijan en Asia y

África, otros reconocen en España un foco de nuevas tendencias. Tras estudiar en Barcelona y Sevilla, Hortal llegó a Berlín en 2010 y desde entonces juega, a pesar de su juventud, en una liga internacional ahora radicada en Nueva York – sus exposiciones pueden verse en ambas ciudades. El importante papel que juega Alemania, especialmente Berlín, no es fruto de una casualidad: en este escenario internacional le acompañan Miki Leal o José Otero, así como su coetáneo Joan Cabrera o el aún más joven Hugo Fontela. Esta generación responde a la de unos artistas con un estímulo común representado precisamente por la nueva pintura figurativa, y han entrado pisando fuerte hasta conquistar una plaza en la cocina del arte abstracto, cuyos fogones están presididos por figuras como Christian Awe entre otros. Estos pintores dominan la receta para la abstracción geométrica tan bien como la de la abstracción gestual-expresiva o informal – y las creaciones que surgen de sus mezclas son absolutamente nuevas, frescas, naturales.

Ya desde los años 50 el clima para el arte no figurativo en Alemania es tradicionalmente favorable, por eso las últimas tendencias cobran en Berlín una particular fuerza. Y todos los españoles que se han establecido en la ciudad, ya sea de forma temporal o permanente, son un soplo de aire nuevo en esta ciudad con un cielo un poco encapotado. Yago Hortal, que desde su pequeño taller en el barrio de Schöneberg no deja que los torbellinos de color dejen de alimentar sus velas, incendia el ambiente artístico con un afán creador incansable, y el reflejo de su barrio puede reconocerse en sus obras de forma corta y clara: los cuadros que han sido creados en el taller de Berlín tienen en su título una abreviatura que hace referencia a la calle en la que trabaja. De este modo es posible seguir su andadura a través de España y Alemania. Los artistas jóvenes saben dónde están las cocinas más creativas, donde se cuecen las tendencias más en boga.

Sólo hay una cosa que no hace: si le observamos durante su trabajo nos daremos cuenta de que no cabalga a caballo de ninguna ola adosada a la moda del momento. Todavía juzga de una forma meticulosa y extremadamente autocrítica sus obras más logradas. La insatisfacción es algo que forma parte del mundo. Esto es válido aún más cuando se observa que su guía no son modelos, sino emociones. Emociones que surgen utilizando como estimulante unas veces el flamenco, otras veces el jazz. De vez en cuando Yago también habla con sus cuadros, y quién podría dudar que le contestan en un tono claro y elocuente. Esta es una parte importante del proceso creativo, y para el mismo Hortal también lo es porque, a pesar de toda su pasión, cuida que todo siga una sucesión filosófico-prosaica de acción - reacción - consecuencia. La meta de esta estructura de diálogo es, por un lado, uno de los caminos hacia el arte como arte en sí mismo, y por el otro, el intento de controlar un caos omnipresente. Esto le diferencia de otros artistas que congenian con él, como puede ser Gerhard Richter, cuya intención es enmascarar la realidad; Yago Hortal es mucho más afirmativo en su trabajo, por lo que, si quisiera esconder algo, le resultaría imposible: hasta en los velos que aparecen sobre el cuadro se adivina una claridad cristalina, tanto en los formatos pequeños como en los lienzos enormes. En lo que a los colores fluorescentes se refiere, recurre de nuevo a productos de su tierra, ya que los colores alemanes no son lo suficientemente fuertes, o dicho en un lenguaje culinario: Yago Hortal encuentra la pureza de las especias sólo en España, el lugar para cocinarlas en todo el mundo.

Günter Baumann, *septiembre de 2011*

Traducción: Sara Maruozzo Méndez